

mi hogar había un pueblecito, y en él estación telegráfica, dirígime á expedir un parte á mis padres, ó por mejor decir, á un amigo, con encargo de que se lo comunicara. Al acercarme á trasmitir mi despacho, pude observar que el telegrafista, hombre ya maduro, rojo como un pavo, no me atendía y refunfuñaba entre dientes coléricas exclamaciones.

—¡Tunantes, ganapanes!—decía.—Y volviéndose á mí—usted dispense, caballero—murmuró—pero no soy dueño de mí mismo.—Y tomando mi parte, leyólo en voz alta.

—¡Ah!—pronunció al terminar:—¡reciba usted mi enhorabuena, caballero! ¡usted es un buen hijo y un hombre honrado! Lea usted, lea usted lo que ahora mismo acaba de obligarme á trasmitir un píllo, un tagarote, al cual insulté y se rió en mis barbas, y dígame usted si un padre de familia puede ver impasible ciertas cosas.

Tomé el trozo de papel, y leí:

«Papá: en fisiología mal; anatomía igual; las restantes ídem. Manda dinero.—*Cipriano.*»

#### IV

Aquel año me parecían interminables las antes tan suspiradas vacaciones, á pesar de que mis padres me recibieron, sin metáfora, como al hijo pró-

digo, matando una rolliza ternera é invitando á parientes y deudos al homérico banquete que se dispuso con los restos del pobre animal. Mas yo estaba en brasas. Me parecía que trascurriera un siglo desde que no hablaba con Pastora. Las diversiones rústicas, las fiestas y romerías me enfadaban; mi deseo era llegar cuanto antes al mes de octubre. Próximo ya éste, avínome un suceso que redobló mi impaciencia; y fué que me atacaron perniciosas calenturas, de carácter tercianario, con las cuales postrado y doliente no fué posible que hasta principios de noviembre soñase en el viaje. Al cabo me dieron de alta, y aunque amarillo, chupado y hecho un espíritu, me faltó tiempo para tomar el camino de la escolar ciudad. A medida que iba ganando terreno y respirando nuevo y distinto ambiente, me parecía que la vida tornaba á mi debilitado organismo. Sentía el torrente de la sangre, más tépido y apresurado, girar por mi cuerpo; cobraban elasticidad mis miembros, mi cabeza regía sosegada y firme, y, cerrados los ojos, en un ángulo de la diligencia, saboreaba las gratas sensaciones del que resucita. Mil deleitosas quimeras, mil confusas aspiraciones se agolpaban á mi cerebro; quería vivir, quería gozar. Como nos acercásemos á Santiago, miré por las ventanillas, y el paisaje más monotonó que risueño, y el agudo soplo de fresquillo de una tranquila tarde de noviembre, que vino á herir mi epidermis, me produjo un estremeci-

miento de júbilo y entusiasmo. Me apeé en los arrabales, antes de llegar á la parada y eché á andar con paso ligero, sin dirección fija. Bajaba el día ya; el sol poniente doraba con mágicos tornasoles los campanarios de las iglesias, y en especial uno que descollaba entre todos, unas torres gallardas, afligranadas, esbeltas. En mi vagabunda carrera, atraído por aquellas torres, fuí á parar á la catedral.

Entré. Pocos fieles oraban en las naves solitarias, por las cuales se extendía vago perfume de incienso. Los negros confesonarios parecían otros tantos inmóviles centinelas; un rayo de sol, casi moribundo, iluminaba el magnífico pórtico de la Gloria, colocando aureolas de rojiza y desmayada luz sobre las cabezas de piedra de los bienaventurados. Bajo el elegante y atrevido pilar que sostiene el tímpano, la estatua del arquitecto Mateo, de hinojos sobre las losas, continuaba su eterna oración. En el lejano altar, ya invadido por la sombra, se percibía la melancólica imagen de la Virgen de la Soledad, rodeada de morenos ángeles, cuyos cuerpos, en la penumbra crepuscular, parecían dotados de vida y movimiento. Caminé hasta las gradas, arrodilléme, y fervorosamente dí gracias á Dios que me había conservado la existencia y devuelto la salud. Me distrajo de mi plegaria una forma gentil, presente siempre á mi imaginación, cuya proximidad entonces me revelaron los senti-

dos, pues la ví cruzar por detrás de las columnas que dividen la nave. Levantéme, y la seguí á distancia; se retiraba ya, pues pasó ante el altar mayor haciendo una genuflexión y un signo de cruz. Tomó el camino para salir por la puerta que da á la Quintana, y al pasar ante la pila del agua bendita, la ví humedecer sus dedos, sacudirlos y santiguarse de nuevo. Vehemente tentación me impulsaba á ofrecerle el agua yo mismo: supe contenerme, pero no me eximí de alzar la gruesa y pesada cortina de cuero que pende ante la puerta de salida. La dama salió sin mirar al galán que así la obsequiaba; yo eché detrás, y al verla ya fuera del sagrado recinto, afanosamente le tiré de la manga, repitiendo á la vez su nombre.

¡Maldita plaza! Estaba clara aún, porque el día no se extinguiera del todo; cruzaban varios transeuntes, y el rápido y ahogado chillido que lanzó Pastora al verme, hizo volver la cabeza á dos ó tres. Ella lo notó, y precipitadamente me dijo:

—Pascual, Pascual, estoy muy contenta: pero aquí no puede ser, no puede ser. Adiós, hasta mañana á las nueve.

—Pero oye, escucha, mujer...

Asió mi mano, la estrechó suavemente, y veloz como una exhalación, antes que yo pudiera seguirla, cambió de rumbo, bajando apriesa la peligrosa escalinata, roída por el uso, que conduce de la Quintana á la Platería. Quedé parado, y al fin re-

solví no seguirla, puesto que ya me citaba para el día siguiente.

Doña Verónica me recibió deshaciéndose en felicitaciones y extremos de gozo, porque no me había muerto. Supe que éramos los mismos huéspedes del año anterior; ví á D. Nemesio, que mostró gran contento al hallarme restablecido; y se reanudó la rota cadena de mi existencia escolar. Poco me dejó dormir aquella noche el desasosiego, y dos regulares horas antes de la fijada para la entrevista, ya andaba yo rondando la casa del canónigo. La madrugada era fría y brumosa, como del mes en que estábamos, y subí el embozo de mi capa recatando el rostro. Cual enamorado novel, miraba ya á los cristales de las vidrieras, ya á las nubes color de pizarra, ya á la cerrada puerta de D. Vicente. Hecho vivo guardacantón, fuí viendo cómo salían, primero la cerril moza de cántaro, que desempeñaba los más humildes menesteres de la casa, y que en este momento iba sin duda á la compra, si no mentía el panzudo cesto, cuya asa rodeaba su brazo; después doña Fermina, rebujada en un mantón, rosario en muñeca y descoyuntándose á bostezos, y por último, D. Vicente mismo, que con diligente andar se encaminaba á la basílica á celebrar la misa cotidiana.

Vista que me causó mucho regocijo, pues salir él y colarme yo en el portal fué todo uno. Mas al cruzar el cancel, no sé cómo no pegué un brinco

de sorpresa. Tras de mí se enhebró otra persona, y esa persona era un señorito alto, de buen talante, embutido en un abrigado gabán; yo ignoro cómo le ví, quizás por el rabo del ojo, pero él no debió de verme, pues venía del otro lado de la calle, y á mí me encubría la meseta de la escalera, que formaba un recodo. Subí como un relámpago; la puerta estaba entreabierta; entré como una bomba; empujé á escape; cerré, y sólo entonces pude reparar en Pastora, que de pie ante mí me miraba asombrada.

— ¡Jesús, hombre, qué manera de entrar! — exclamó.

— Es que... es que subía una persona que... — respondí sin aliento y casi sin acertar con las palabras.

— ¿Pero qué ocurre? ¿quién sube? — preguntó alarmada la muchacha.

Esta conversación era en la antesala, en voz queda y apagada; iba yo á satisfacer la curiosidad de Pastora, á tiempo que el sonido de un campanillazo me cortó el habla.

— Llaman, — dije balbuciente.

— Bien, ¿y qué? — repuso Pastora ya más serena. — Vete á mi cuarto; yo tengo que abrir. Espérame allá.

Así lo hice, y contando los segundos por los latidos de mi corazón y la pulsación de mis arterias esperé obra de tres minutos. Al cabo de ellos se

presentó Pastora, encendido el rostro como brasa, y los ojos muy brillantes.

—¿Qué hay? ¿quién era? ¿era él?

—¿El señorito de la Formoseda? Ya lo creo.

—¿Y qué quería? ¿qué quería? Me ha hecho subir las escaleras de cuatro en cuatro.

—¿Te ha visto?—preguntó algo turbada la sobrina del canónigo.

—No, no me ha visto; no es posible.

Pastora respiró, y su rostro se puso natural, risueño, con unos visos de aquella particular malicia suya.

—Mucho me alegro,—me dijo.—Una calumnia se inventa presto, y como la gente no está obligada á saber el buen fin con que tú y yo nos queremos... Si te viera ese ocioso entrar aquí en ausencia de mi tío y de mi madre...

—No receles: me dí tal prisa y maña á subir, que ni el viento. Pero me vas á explicar... porque yo aquí olfateo algo raro, desusado y peregrino. Ví que entraba ese señorito en el portal, y entonces volé, porque las consideraciones que á tí se te ofrecen me pusieron alas en los piés. Anda, dime qué es esto: veo unas cosas confusas.

—Pues, Pascualillo, no son sino muy claras. El señorito de la Formoseda me ronda.

—¡Que... te... ronda! ¡á tí!

—Sí, hombre,—recalcó ella.—¡Vaya un milagro! ¿No dices tú que yo soy tan preciosa, y tan mona?

Pues el señorito quiere darte la razón. Digo, porque supongo que no me obsequiará por mis rentas; luego es porque le parezco bien. ¡Soy yo mucha Pastora!

—¡Qué necia estás!—repliqué furioso.—¡Linda sazón y asunto de donaires! Ríete de tu propia gracia.

—Pero Pascual, no te conozco,—exclamó ella sobrecogida.—¿Qué yerba has pisado? ¿Cuántos miles de veces no nos hemos solazado juntos á cuenta de mis rondadores? Vaya, que lo tomas de un modo bien raro.

—Es que ese señorito me empalaga hace mucho tiempo, y además es un osado; ¡qué atrevimiento! ¡venirse á llamar á tu puerta cuando sabe que estás sola! ¡Eso es un insulto!

—Si creerás tú que es el primero que lo hace? En tierra de estudiantes no hay diablura nueva. Como á mí no me atrapan en bailes, ni en bureos, aprovechan esta ocasión. Sino que como recibí á los chuscos con un buen portazo, hace ya tiempo que no vienen. Este es nuevo, se conoce, y bobo por añadidura.

—¿Y qué pretendía?

—¡Toma! Un ratito de cháchara.

—Y tú, ¿qué le has respondido?

—Que no la gastaba, y que tenía la cesta del repaso colmadita de ropa esperando por mí.

—¿Y desde cuándo te hace la rosca el señorito Esdrújulo?

—¡Qué bien le cae ese nombre!—dijo ella dando suelta á la risa que le retozaba en el cuerpo, y que solo contuviera mi trágico ademán.—¿Querrás creer que ahora venía muy soplado de guantes? ¡A las nueve de la mañana! ¡Y no traía capa!

—Contesta, contesta á lo que te pregunto. ¿Cómo empezó este cortejo?

—Verás tú... Fué una ocurrencia de D.<sup>a</sup> Verónica.

—¡Comida de lobos vea yo á esa vieja!

—Un día fuí allá con mamá á visitarla para no sé qué cosa que teníamos que tratar de la función de la Virgen del Amparo, que ya sabes que somos sus indignas camareras... Pues es el caso que mientras hablábamos, ese señorito la llamó, sin duda para algún servicio... y fué allá, y tuvo la ocurrencia de decirle: Señorito Víctor, usted que le pondrá tanto á D. Nemesio lo guapas que estaban en el teatro anoche las señoritas de P..., venga á ver una niña que les pone á todas ellas el pie delante. Mantilla de paño gasta, pero el hábito no hace al monje. Véngase y me dirá maravillas. Mire, puede entrar pasito por la puerta del corredor que da á mi alcoba, y la estará viendo y oyendo sin que ella lo sospeche.

—¡Celestina de Barrabás, condenada zurcidora de voluntades!

—¡Bah! Estamos hablando de tonterías y dejamos lo esencial. Cuéntame tu enfermedad toda: ¿te duele aún algo? ¿Te hallas fuerte?

—No, no, acaba con la aventura de D. Víctor.

—¿Y qué más quieres saber? Me vió y se le puso en los cascos conquistarme. Como está tan moscón y anda tras de mí día y noche, mi madre le dió quejas á doña Verónica, sin saber que de ella era la culpa; ¿y qué pensarás que contestó la muy simple? Pues contó lo de la alcoba; se declaró autora é inventora del enredo, y aseguró muy seria que lo había hecho por buscarme una colocación brillante; que estaba segura de que el D. Victorcito famoso concluiría por pedir mi blanca mano en debida forma, que yo arrastraría sedas, que bien lo merece mi gracejo, y... ¿qué importarán las chucheces de doña Verónica?

—¡Será verdad, será! ¡Ese fachenda querrá casarse contigo!

—Me parece, Pascualillo, que el mal te ha sorbido el seso. Tú piensas que yo soy boba. Pues á fe que aunque visto de lana no soy oveja. Sí, que me mamo yo el dedo. Para el que no conociese á estos estudiantes ricos y desocupados. De perlas les viene pasar el rato con una muchacha necia, y reirse de ella á su sabor y plantarla después.

—Es que tú...

—¡Bueno, bueno! Yo soy de la misma pasta que otras, que si burladas fueron, burladas se quedaron.

—Y si... vamos, por una casualidad... supongamos que fuese cierto...

No me dejó concluir la sobrina del canónigo, antes tomando un aire de cómica dignidad, y paseando arriba y abajo con un empaque y una expresión de altivez que contrastaban con la picante malicia de sus ojos, me espetó esta arenga:

—Señor D. Pascual López, tengo que decirle á usted que todo se ha concluído entre nosotros; ¿oye usted? todito... Sírvase no volver á hablarme ni á mirarme; una cosa era aquella Pastora que usted conoció repasando y barriendo, y otra la señora de la Formoseda, que tiene usted delante... Lo más que puedo hacer por usted es concederle nuestra clientela cuando sea médico... le llamaremos si enferma Víctor... ó yo... ó alguno de los criados ó doncellas.

Y volviéndose hacia un punto imaginario del espacio, pronunció:

—Esposo, Victorcito, que pongan el coche...

Antes que yo tuviera tiempo de reirme ó enfadarme, dos dedos afilados asieron cada una de mis orejas, y con más fuerza de la que parecía posible en ellos, tiraron hacia abajo y caí en el humilde suelo medio de bruces. Entonces las manos dueñas de los dedos me administraron hasta media docena de gentiles pescozones, que sufrí sin chistar, y por último, una voz grave, cuanto puede serlo la que brote de una gargantita císnea y cristalina como la de mi Pastora, me dijo perentoriamente:

—Ahora mismo se marcha usted de aquí.

—Pero, Pastorcilla—reliqué agarrándome á la correa de su hábito—si he llegado hace un momento.

—El onceno no estorbar; pueden volver, y son cerca de las diez.

—¡Si aún no me diste la bienvenida! ¡Si no me has dicho ni que te alegrabas de verme de nuevo!

—Yo bien quise, pero tú preferiste hablar de don Víctor.

—¡Siquiera un cuartito de hora más!

—Ni un minuto. Hasta mañana á las ocho, que estarás...

—¡Aquí!

—No; en la capilla del Cristo de la Corticela, D. Nemesio dirá una misa por mi intención. ¡Judío! ¡Sólo falta que pongas gesto cuando se dan gracias á Dios porque te dejó en este mundo! El sabrá para qué; yo no lo entiendo.

No me costó trabajo alguno cohonestar mi ausencia con los profesores. Tan verdad es aquello de «coge buena fama y échate á dormir,» que ni aun miraron el certificado del médico que les fué exhibiendo, aunque la ley no me lo prescribía. Mi reputación me garantizaba. Animado con esto y con el feliz éxito del año anterior, reanudé mis ocupaciones, asistiendo á clase con la regularidad acostumbrada. D. Vicente no desistía de inculcarme las muchas ventajas que podía traerme en el porvenir mi juiciosa conducta. Hallábase más sa-

tisfecho de ésta que de mis estudios, que no le parecían, y con harta razón, suficientes. Con todo, en las advertencias de D. Vicente se notaba aquella blandura que manifestamos á los que aceptan y siguen nuestros consejos. D. Vicente se pagaba mucho de que se tomase su parecer, y yo le mostraba acatarlo en todo.

—Este año es preciso aplicarse más—me decía —no se fié usted de que el pasado le aprobasen, porque hogaño hay profesorado nuevo, y esos... ya se ve, ¡justicia de enero! aprietan siempre las clavijas.

Esta aserción me la confirmaron presto mis compañeros. En particular me designaban como rígido y endiablado á un tal D. Félix O'Narro, cuyo apellido españolizaban llamándole Onarro. El cual era recién venido, con fama inmensa de saber, á desempeñar la cátedra de química.

Cabalmente me tocaba aquel año cursar tal asignatura, una de las que más tedio me producían en la carrera. Miré con curiosidad y aun con saludable temor al que había de embutirme en el caletre tantas cosas aborrecidas. Era el Sr. Onarro, á quien llamaré así siguiendo la costumbre general, hombre ya maduro y calvo, con azules antiparras que quitadas descubrían los ojos grises más penetrantes, inquisidores y claros del mundo; los pocos cabellos que le restaban parecían rubios entrecanos; las patillas lo mismo; pergaminoso el rostro,

la boca benévola y provista de sana dentadura, ágil el cuerpo y ligero como el de un muchacho. En su tipo se mezclaban el sabio y el montañés de Irlanda. Su traje lo componían en todo tiempo un levitón color de nuez moscada, un sombrero blanco de fieltro, una corbata con nudo hecho aprisa, y una ropa blanca limpia siempre como el oro; combinación de desmaña y pulcritud que es frecuente en los anglosajones. Si Onarro, cuyo apellido revelaba oriundez irlandesa, era nacido español, ó si de niño fuera traído á tierra de España, es cosa que nunca supimos. Rodeábale cierto misterio, muy favorable á su fabulosa reputación científica. Se contaban de él lances inauditos y peregrinos, inverosímiles exploraciones geológicas por las montañas. El había penetrado más adentro que nadie en la sima y galería pavorosa del Pico Sacro; él visitara en toda su extensión los subterráneos de las torres de Altamira. Para completar el mito, se aseguraba que su venida á Santiago obedecía al propósito de entregarse con completa libertad y aislamiento á unas investigaciones acerca de la piedra filosofal. Desquitada toda exageración era fácil conocer, aun siendo tan lego como yo en la materia, que Onarro dominaba la asignatura.

Lo fácil, abundante y luminoso de sus explicaciones; la evidencia con que las demostraba; los muchísimos datos que traía en su apoyo sin esfuerzo alguno; la sencillez misma con que nos ponía

en camino para ahorrarnos hasta el trabajo de discurrir, todo daba muestra de su superioridad. Véase que la tarea de la enseñanza, tan ardua de suyo, le servía á él de juego y pasatiempo, en que descansaba de más graves faenas. Nosotros éramos medianos jueces, y nuestro voto significaba poco; pero Onarro era admirado de sus mismos colegas. Se sabía que se carteaba con Liebig, Würtz, Berthelot y otras lumbreras alemanas, francesas é inglesas, á quienes no conocíamos sino para servir-las. Lo que despertaba mayor interés en la cátedra de Onarro eran los numerosos experimentos, diarios casi, con que vivamente inculcaba sus teorías. Eran éstos tan varios, tan felizmente realizados, tan divertidos algunos y tan curiosos todos, que los atendientes estaban como embobados y suspensos, y ni uno solo faltaba á clase, á pesar de la laxitud que reinaba en punto á asistencia. Mucho siento que mi ignorancia y escasez de memoria no me permitan recordar algunos de tales experimentos, por todo extremo originales y dignos de no morir en el olvido. Pero también es verdad que poco atendía yo á grabarlos en mi mente, distraído como andaba con mis amoríos, y los disgustos que iba teniendo por razones que diré.

Es el caso que aquel pacífico y alegre cariño que Pastora y yo nos profesábamos, y que era semejante á un arroyito manso, que sin meterse con nadie va lamiendo una margen de flores, se troca-

ba en torrente impetuoso á medida que lo sujetaban y detenían los obstáculos. Los que se nos habían presentado no eran de calibre que nos desesperase, pero sí que nos molestaba mucho. Ni más ni menos que doña Fermina, aquel modelo de agasajadoras, aunque parlanchinas dueñas, se metamorfoseó de la noche á la mañana en hostil y encarnizada enemiga. La primera vez que desde mi vuelta de la montaña fuí á hacerle la visita oficial, me recibió de un modo tan seco y áspero, me puso gesto tan de vinagre, me disparó tan agresivas pullas, me asaeteó con tales indirectas á los «estudiantes del pío-pío, llenos de hambre y muertos de frío,» á los «entrometidos que se cuelan por el ojo de una aguja,» á los que «piensan en casarse, y establecerse, y pretenden á las muchachas sin tener sobre qué caerse muertos,» que fuera preciso provistarse de orejas de corcho y alma de almirez para sufrirlas y hacerse el sueco. Mi paciencia no llegó á tanto, y levantándome, propuse en mi corazón no volver allí sino después de cerciorarme de la ausencia de semejante harpía. La cual, sin duda, me adivinó el propósito, y vuelta Argos vigilante é impertinente, se cosió al guardapiés de su hija, no dejándola á sol ni á sombra. Adiós las íntimas conversaciones, las dulces chanzas y todo el regocijo de nuestra mutua y honesta afición. Era tal el humor que con semejante dieta traía yo, que á agregarse los celos de D. Víctor, entera-



mente me diera de calabazadas contra la pared. Por fortuna este último motivo de desasosiego é inquietud había desaparecido, pues siéndome á mí tan fácil saber y seguir los pasos del señorito de la Formoseda, pude convencerme de que desde la escena de la puerta el rico estudiante no volviera á rondar la calle de Pastora, ni á esperarla á la salida de misa, ni en suma, á dar señales de proseguir pensando en ella. Andaba, eso sí, más grave, serio y espetado que nunca, cosa que yo atribuí al amor propio ofendido, y que me lisonjeaba un tantico por ser yo el vencedor en la lid de que él saliera tan poco airoso.

El hombre es un sér expansivo y comunicativo, que goza del bello privilegio de disminuir el dolor y aumentar la dicha cuando ambas cosas confía á sus semejantes. Yo, en particular, jamás presumí de misántropo ni de callado, y siempre experimenté comezón de hablar de mis asuntos, lo cual prueba bien esta mi determinación de tomar hoy por confidente al público entero. En aquellas circunstancias no me ocurrió ni pude abrir mi pecho sino á D. Nemesio Angulo. Claro está que ni doña Fermina ni D. Vicente me oirían con benignidad; Cipriano, á quien hallé más apicarado que nunca, y ocupadísimo en obsequiar á una corista de la compañía de zarzuela que entonces actuaba en el teatro, no me pareció de tan limpios oídos que debiese poner en ellos el nombre de Pastora; y en cuan-

to á doña Verónica, huía yo de ella como del fuego. Reunía D. Nemesio incomparables prendas para su papel de confidente. Habitado á tratar damas, había oído muchas quejas y desdichas íntimas, y era tan paciente en atenderlas como suave en consolarlas. Era además discreto y reservado, condición que no puede faltar en quien, frecuentando con fueros de confianza varios círculos, no quiere ponerse á mal con ninguno. Rara vez llevaba la contraria á nadie, y cuando lo hacía, usaba tono afable y cortés. Mostraba interesarse mucho en los ajenos placeres y tribulaciones, y nunca revelaba impaciencia ó hastío cuando prolijamente se las referían. No se contaba por cierto D. Nemesio en el número de los pocos hombres de quienes en momentos críticos y supremos pueden esperarse elevadas y enérgicas sugerencias al bien obrar y un criterio moral alto y sublime; pero hallábase en él un consejero siempre prudente y conciliador, que con benignidad consolaba, y que sabía tocar á las llagas del espíritu con suave mano. D. Nemesio no era un tónico, sino un lenitivo.

Contéle, pues, de pe á pa mis contrariedades, sin omitir el fracaso amoroso de nuestro vecino en la empresa de Pastora. Dos cosas maravillaron á D. Nemesio: la retirada del señorito y la conducta de doña Fermina. No sabía cómo compagnarlas.

— Me pasma — decía — conociendo á D. Víctor,

que desista así de su propósito. Tiene una... no, vanidad no, pero más bien así, un puntito de orgullo... ya se vé; tanto le han mimado á porfía la naturaleza y la suerte, que no es extraño que imagine que cualquier muchacha se ha de conceptuar muy venturosa con que él la pretenda, dicho sea sin ofender á usted, Pascual. Yo no estoy autorizado para suponer lo que voy á asegurar, ni nada he visto que me lo confirme; pero creo á pies juntillas que muchas señoritas de Santiago le darían un sí más redondo que una bola de billar. Y según de público se refiere (pero mire usted, que á mí no me consta) ya á alguna se inclinó que no le hizo ascos: al contrario.

—Pastora, Sr. D. Nemesio, vale por todas las que visten seda.

—¡Dígame usted á mí! Es mi hija de confesión hace cuatro años; es una niña como una rosa, y además muy honrada; nadie tiene por donde murmurarla ni tanto así; sería, con lo cual enfrena á los atrevidos; laboriosita, buena cristiana; en fin, amigo, no cabe dudar que es una alhaja. Pero ya sabe usted que vivimos en un tiempo en que el dinero es estimado, y la posición y linaje también; y usted comprende que desde ese punto de vista, Pastora no sirve para Formoseda.

—Sr. D. Nemesio ¿y á usted qué le parece? tendría Formoseda intenciones formales?

—¡Pchs! No es probable, no es probable. Que-

ría pasar el tiempo agradablemente; una muchachada.

—Pero entonces, ¿por qué me recibe con cara de perro doña Fermina?

—A doña Fermina, por lo visto, le llenó la cabeza de viento esta alma de Dios de doña Verónica, y ya está ella, de seguro, figurándose que es suegra del rico D. Víctor, y viendo á su hija hecha una señorona principal. En tales ilusiones (si yo no alcanzo muy poco) estriba su porte para con usted. Por lo cual, creo que no debe usted apurarse; así que el tiempo le demuestre la vanidad de sus encumbrados pensamientos, y así que se persuada de que D. Víctor no se acuerda ya de ese devaneo juvenil, ella amansará.

—Cáseme yo con su hija, y ajustaréle las cuentas.

—Pero, para casarse... se necesita... á mí se me figura... que usted no cuenta con muchos medios.

—¡Ay Sr. D. Nemesio! Ahí está el quid! en los medios. ¡Mocosa suerte la mía!

—Vamos, que Dios proveerá. Yo no he sido nunca rico, y viviendo y gobernándome fuí, y aun tratando con lo principal: cierto es que por mi estado carezco de obligaciones perentorias.

De esta suerte, y con tales coloquios engañaba yo mi aburrimiento, indispensable consecuencia de la encerrona de Pastora. Hacía lo posible para verla y hablarla; menudeaba visitas á D. Vicente por si ella salía á abrirme y lograba unas palabras

siquiera: pero siempre fueron la indigesta dueña ó la tosca Maritornes quienes me franqueaban la entrada. D. Vicente me recibía cariñoso unas veces, sermoneador otras, y por efecto de la impaciencia sus consejos y exhortaciones me sonaban á cencerro cascado. Reducido al oficio de melancólico rondador, pasábame las horas muertas mirando al portal del canónigo, cual un tiempo D. Víctor. Un día, sobreexcitado y ahito ya de la situación, resolví quemar las naves, y me colé de rondón en las habitaciones de mi adorado tormento. Hallé á madre é hija en sus labores acostumbradas; Pastora dió un chillido al verme, y en su rostro se pintaron gozo y sorpresa; doña Fermina me miró como miraría á un megaterio ú otro antediluviano animalo. Ví sucederse en su cara un color de púrpura, y la biliosa palidez de la ira. Levantóse majestuosamente, y con laconismo admirable en ella:

—Pastora— dijo á su hija— vete á ver si se le ocurre algo al tío. ¡Anda! Qué ¿no has salido ya?

—Madre, voy— respondió Pastora sin descomponerse— y salió con su andar ligero y noble, andar que yo hubiera puesto en música, si á tanto alcanzase mi habilidad.

Sin saber lo que hacía, por instinto eché yo detrás; pero la indignada matrona me asió del cuello de la americana, y sacudiéndome nada suavemente, me disparó estas frases:

—Oye tú: no me parece mal que vengas cuando

te dé la gana; pero te aviso que no has de ver á Pastora: te pasarás un rato conmigo, si gustas; lo que es con ella, ni por pienso. Mi hija no ha de perder su crédito por haraganes. Las mujeres somos cristal, ¿entiendes? (ella no tenía nada de transparente, ni de frágil al parecer) y un soplo nos empaña. A Pastora se lo he dicho: mira que la reputación no se gana en años, y se pierde en un segundo; mira que no tienes más dote que tu buena fama; mira que los veinte pasan pronto, y después... arrancarse los cabellos. Y á tí te canto lo mismo: no vengas á hacer sombra á mi hija: ya lo sabes. Si no quisiste entender por indirectas, ahora lo comprenderás, así, clarito.

—Señora,— contesté yo, después de libertar mi cuello de aquellas manos gruesas y surcadas, que aun lo retenían cautivo,—usted se prevale de que yo en esta casa no puedo poner en movimiento la lengua, por respetos á D. Vicente. Me voy, sí me voy, y no haré á usted más sombra; pero también le prometo reirme á mis anchas cuando usted se encuentre como la niña bonita, compuesta y sin novio.

—¿Qué dices, deslenguado?

—Nada, ilustre suegra del señorito D. Víctor... Já, já.

De todos los arbitrios para exasperar á doña Fermina, el más seguro era reirse. La ví lanzarse hacia mí; pero yo, con mis ágiles piernas de estudiante, estaba ya en la escalera.